LAS HUACAS LIMEÑAS

POR

ALICIA N. LAHOURCADE

Refiriéndose a las ciudades del Perú, inevitablemente Cuzco se asocia con el esplendor de lo incaico: enormes muros de piedra y abundancia de áureos revestimientos; mientras que Lima evoca siempre la vida galante de la corte virreinal, los bellos palacios coloniales y la rica talla de sus balcones.

Por eso, el viajero poco avisado que recorre las calles limeñas recibe una verdadera sorpresa cuando, en medio de un barrio residencial, flanqueado por casas que no olvidan del todo el sabor de la colonia, y jardines donde alterna el verde intenso con el rojo y el amarillo vivísimo de las flores, se encuentra con un enorme montículo, más o menos informe y se entera de que está en presencia de una «huaca». Mirando con más atención se advierte en seguida un gran cartel que informa que aquello es un sitio arqueológico, y por lo tanto protegido por las leyes peruanas y sujeto a explicables prohibiciones.

Para un argentino, que jamás vio nada parecido en las calles de su país, la presencia de estas huacas en pleno radio urbano es un real motivo de asombro, y surge en seguida el deseo de averiguar una serie de datos: cuántas «huacas» hay en Lima, qué significan o más bien qué significaron, si se realizan en ellas trabajos arqueológicos y otros similares interrogantes.

El sentido de la palabra «huaca»

Lo primero es esclarecer un poco el sentido de esta palabra «huaca», ya que puede significar una larga serie de cosas.

Recurriendo a los cronistas del siglo XVI, nos encontramos con que Garcilaso dedica a todo el capítulo IV del Libro II de sus célebres *Comentarios reales* a los diversos significados de esta palabra, y comienza quejándose de que los españoles:

> ... no entendiendo más de la primera y principal (significación), que quiere dezir ídolo, entienden que tenían por dioses a todas aquellas cosas que llaman huaca, y que las adoraban los Incas como lo hazían los de la primera edad.

A lo largo del capítulo va consignando exhaustivamente todas las posibles acepciones:

> ... quiere dezir ídolo, como Júpiter, Marte, Venus...
> ... quire dezir cosa sagrada, como eran todas aquellas en que el demonio les hablava, esto es los ídolos, las peñas, piedras grandes o árboles...
> ... las cosas que havían ofrecido al Sol, como figuras de hombre, aves y animales, hechas de oro, o de plata, o de palo, y cualesquiera otras ofrendas...
> ... cualquiera templo, grande o chico, y a los sepulcros que tenían en los campos y a los rincones de las casas de donde el demonio hablava...
> ... todas aquellas cosas que en hermosura o excelencia se aventajaban de las otras de su especie...
> ... las cosas muy feas y monstruosas, que causan horror y asombro...
> ... todas las cosas que salen de su curso natural...
> ... las fuentes muy caudalosas...
> ... las piedrecitas y guijarros que hallan en los ríos y arroyos con extrañas labores, o de diversos colores...
> ... la gran cordillera de la Sierra Nevada...
> ... los cerros muy altos...
> ... las cuestas grandes que se hallan por los caminos...

Como puede advertirse, el testimonio de Garcilaso es completísimo, y particularmente valioso por su conocimiento de la lengua; según el Inca, huaca puede significar tanto ídolo o templo como huevo de dos yemas, o niño que nace con seis dedos, o bizco, o jorobado, por ser «cosas que salen de su curso natural».

Leyendo a otros cronistas, se comprueba que todos concuerdan en un punto: la enorme cantidad de huacas que los antiguos peruanos poseían, así como la adoración y reverencia de que eran objeto; Polo de Ondegardo, funcionario en tiempos del primer virrey del Perú, don Antonio de Mendoza, y más tarde gobernador de Cuzco, y el padre Bernabé Cobo, por citar dos cronistas bien conocidos, destacan esta abundancia de huacas y mencionan las 333 de Cuzco y sus alrededores; por ejemplo:

> ... un cerro alto llamado Chuquipalpa...
> ... un templo del Sol, en el cerro de Mantocalla...
> ... una casa pequeña dicha Inticancha...
>
> (Polo de Ondegardo, en *Relación de los cuatro caminos que salían de Cuzco.)*

También el «visitador de idolatrías» Pablo Joseph de Arriaga, resumiendo su labor de año y medio (II/1617 a VII/1618) en el Arzobispado de Lima, informa que:

Son cinco mil y seiscientos noventa y cuatro personas que se han confesado, seiscientos y setenta y nueve ministros de idolatría que se han descubierto y penitenciado por tales, y seiscientos y tres huacas principales...

Arriaga las clasifica en huacas inmóviles y móviles, mencionando entre las primeras los manantiales (puquios), los cerros altos, las grandes piedras, las sierras nevadas, las «pacarinas», o sea los lugares de que se suponían procedían o se habían originado; respecto a las segundas, dice que «son las ordinarias», y menciona, por ejemplo:

... el cuerpo de un curaca antiquísimo...

(*Extirpación de la idolatría en el Perú*, cap. II, p. 22.)

... un ídolo muy celebrado, llamado Catequilla, que parte dél es de oro...

(*Ob. cit.*, cap. IV, p. 45.)

... una piedra muy grande, debaxo de la cual estaba el cuerpo de un indio llamado Huánchor, con dos hijos suyos...

... una piedra muy alta, que está en medio del río, porque desde allí mandaba el Inga despeñar a sus monjes cuando se descuidaban en materia de castidad.

(*Ob. cit.*, cap. XIX, p. 185.)

Otra interesante acotación de Arriaga: «Todos los nombres antiguos de los pueblos son los de su huaca principal» (cap. XIX, p. 185), unida a la frecuencia con que se venera un cerro o piedra porque allí está enterrado el cuerpo del antepasado familiar o tribal, parecería indicar que, en muchos casos, el culto a las huacas es una forma de culto a los antepasados; esto es igualmente válido para el caso bien frecuente en que, faltando el cuerpo, se considera que el fabuloso antecesor se ha petrificado.

El testimonio de Cristóbal de Molina, «El Cuzqueño», parece reafirmar esta relación, cuando luego de relatar cómo el «Hacedor de todas las cosas» creó las naciones:

Y acabado de pintar y hacer las dichas naciones y bultos de barro, dio ser y ánima a cada uno por sí, así a los hombres como a las mujeres, y les mandó se sumiesen debajo de la tierra cada nación por sí; y de allí cada nación fuese a salir a las partes y lugares que él les mandase; y así dicen que los unos salieron de cuevas, los otros de cerros, y otros de fuentes, y otros de lagunas, y otros desatinos de esta manera; y por haber salido y empezado a multiplicar de estos lugares, en memoria del primero de su linaje que de allí procedió, hicieron huacas y adoratorios estos lugares, y así cada nación se viste y trae el traje con que a su huaca vestían. Y dicen que el primero que de

aquel lugar nació, allí se volvía a convertir en piedras, otros en halcones y cóndores y otros animales y aves; y así son de diferentes figuras de huacas que adoran y que usan.

(*Ritos y fábulas de los incas*, p. 12.)

Parecía surgir una relación bastante clara entre el culto a las huacas y el culto al «genio» familiar o primer antepasado, pero habría que ahondar más el punto antes de afirmar nada definitivo.

Por último, la acepción de huaca como «semidios», o «ser fabuloso» o «mítico», surge de la narración quechua recogida por Francisco de Avila, traducida recientemente por José María Arguedas; la narración comienza:

En tiempos muy antiguos existió un huaca llamado Yanamca Tutañamca. Después de estos huacas, hubo otro huaca de nombre Hualallo Carhuincho. Este huaca venció.

A lo largo del apasionante relato, el término huaca se emplea una y otra vez para designar hombres y mujeres dotados de poderes excepcionales, incluso el de crear seres humanos:

En tiempos muy antiguos existió una huaca llamada Hananmalla. Dicen que su esposo pudo haber sido el sol, y que Pariacaca y Chaupiñamca fueron, probablemente, hijos de esta pareja. Ella, Chaupiñamca, fue creadora de gente, tanto de hombres como de mujeres, como Pariacaca.

(*Dioses y hombres de Huarochirí*, cap. XIII.)

Resumiendo todo lo dicho anteriormente, se advierte que se hace necesaria una distinción entre:

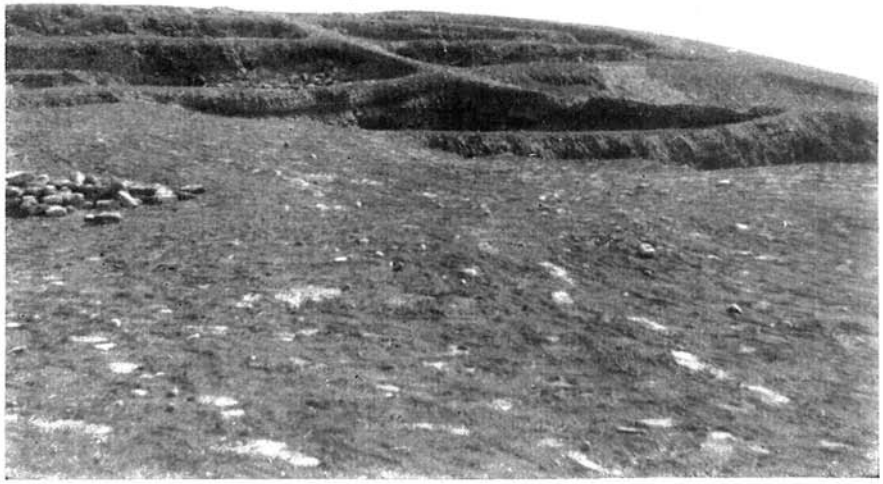
1) La huaca principal de cada poblado o comunidad.

2) Los lugares u objetos afectados al culto o de algún modo relacionados con la divinidad.

3) Todas aquellas cosas o seres que se distinguen de los de su especie o «salen de su curso natural»; evidentemente, este último es un significado accesorio, dado por extensión; por el contrario, los dos primeros se manifiestan como los principales significados de la palabra, y como tales fueron captados por los españoles.

La huaca principal de cada pueblo tiene relación con el culto al fundador del linaje o primer antepasado, concebido incluso como semidios y creador de hombres; recibe ofrendas y posee sacerdotes y «chá-

1. Huaca Qollana o Juliana



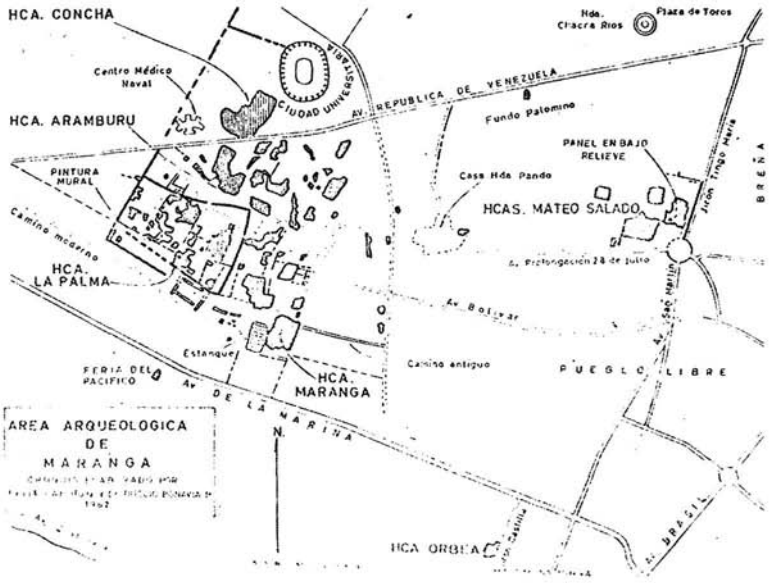
2. Huaca Qollana

3. Huaca Qollana

4. Huaca La Florida

5. Huaca La Florida

6. Huaca Lechuza



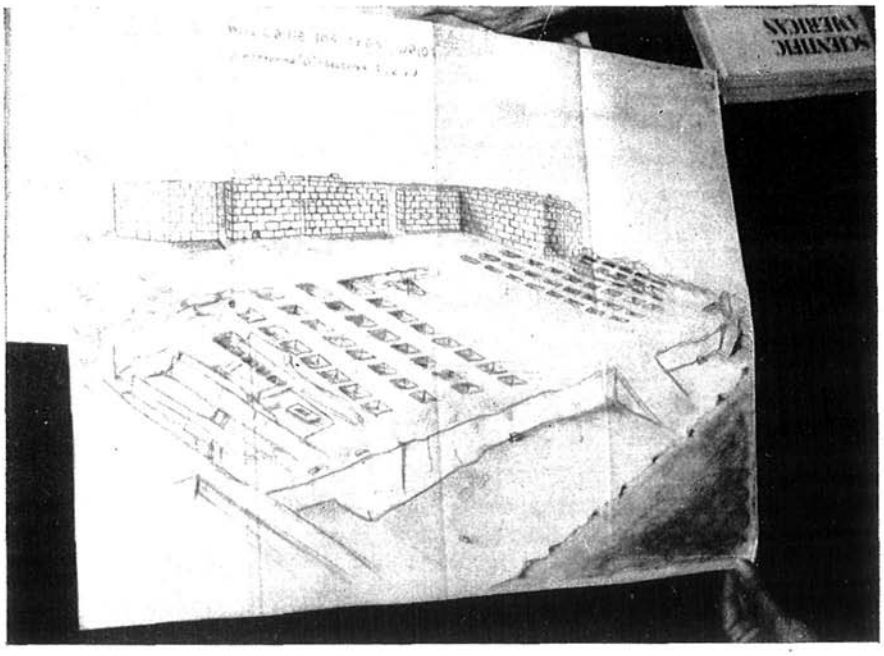
7. Zona arqueológica de Maranga

8. Huaca Maranga

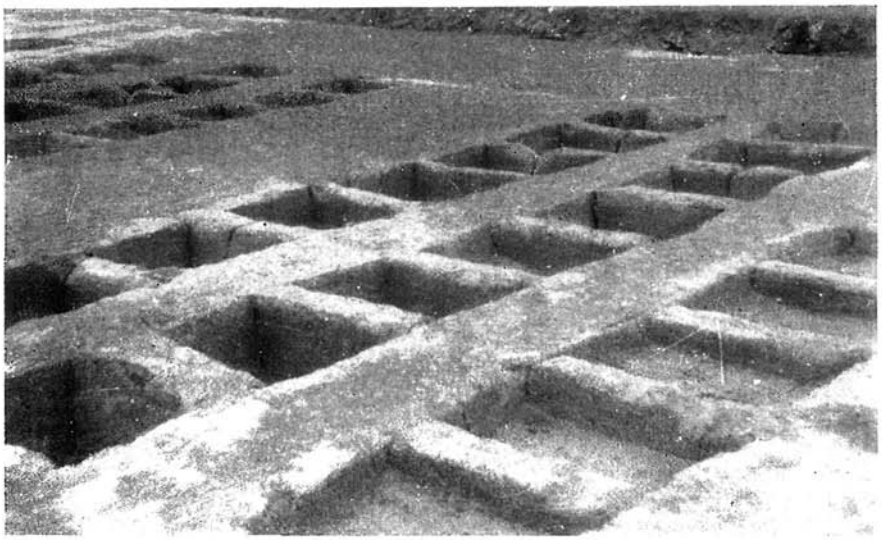
9 Huaca Maranga

10. Huaca Maranga

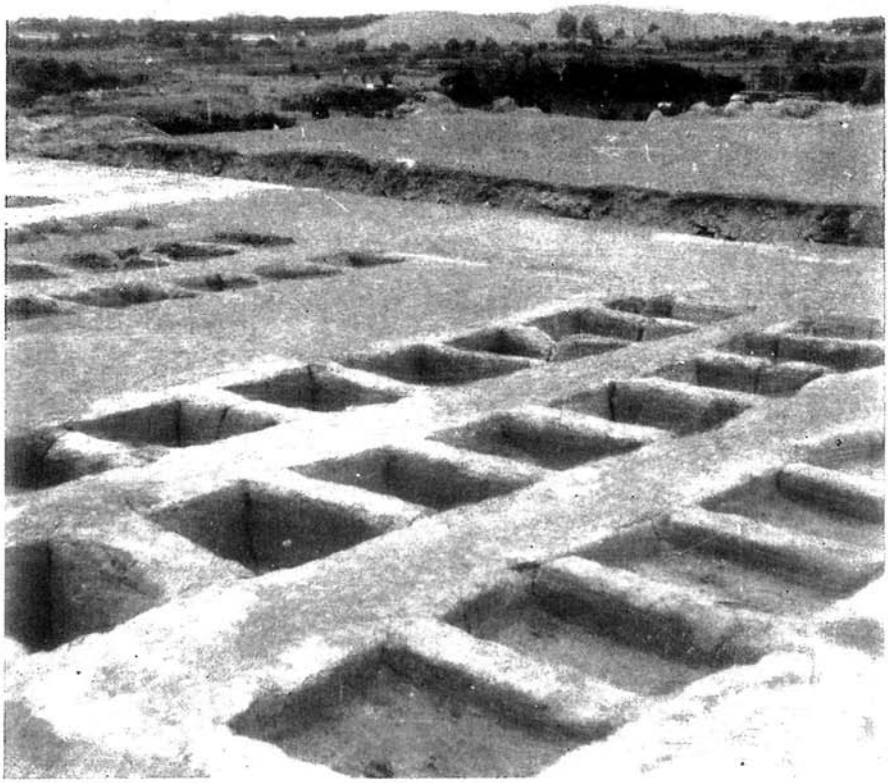
11 Huaca Maranga



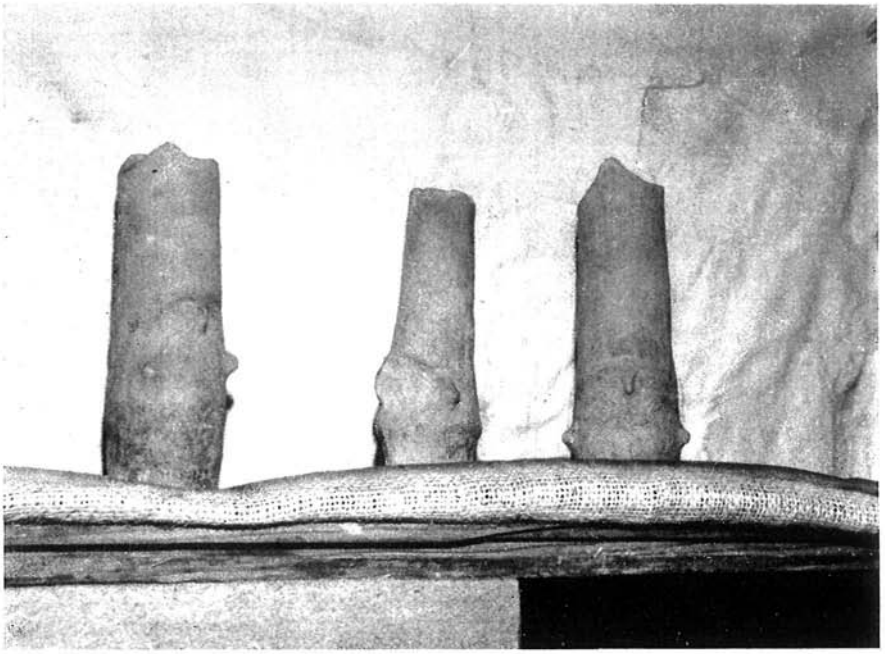
12 Huaca Maranga



13. Huaca Maranga



14. Huaca Maranga



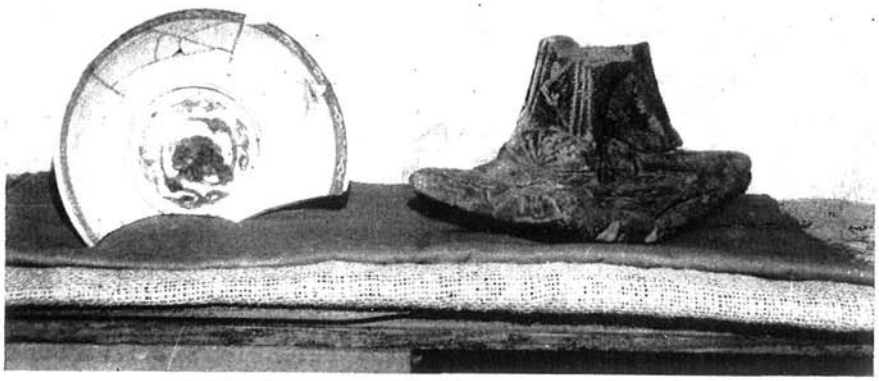
15. Huaca Maranga

16. Huaca Maranga

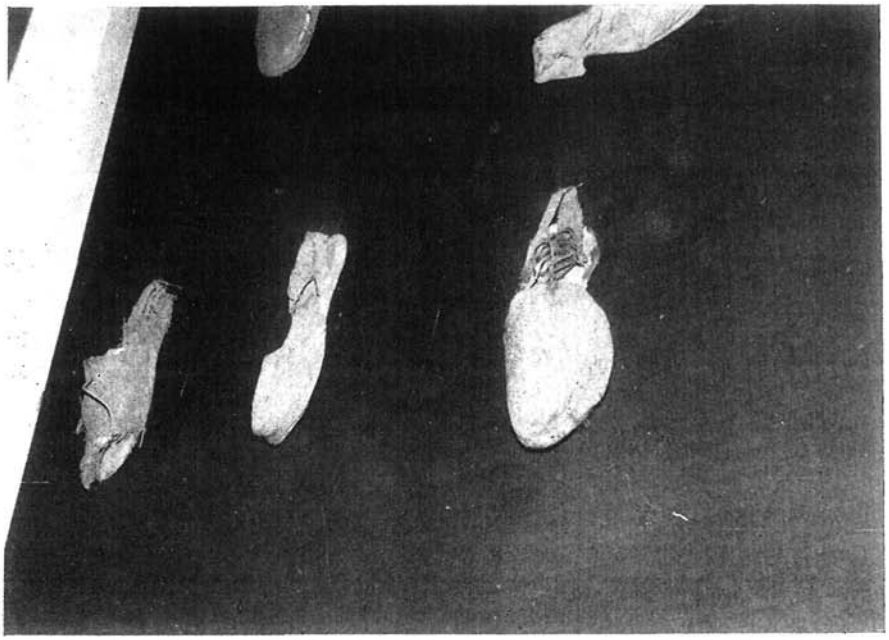
17. Huaca Maranga

18. Huaca Maranga

19 Huaca Maranga

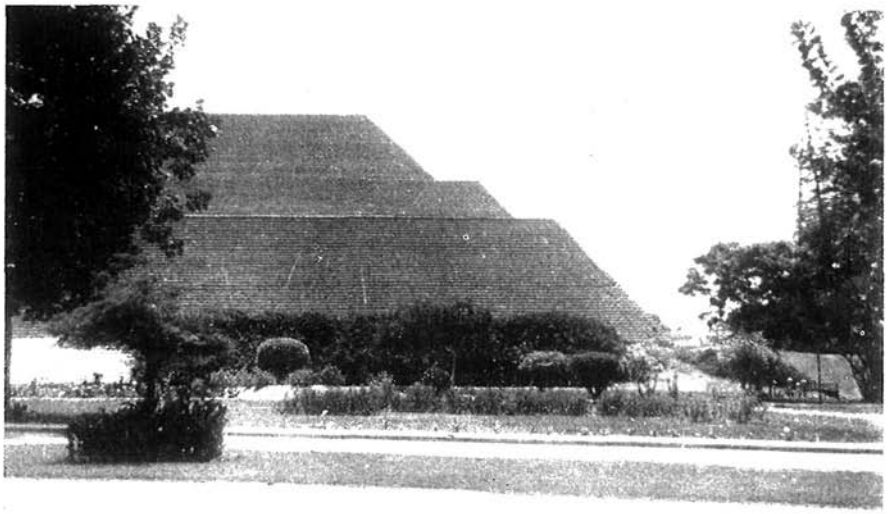


20 Huaca Maranga



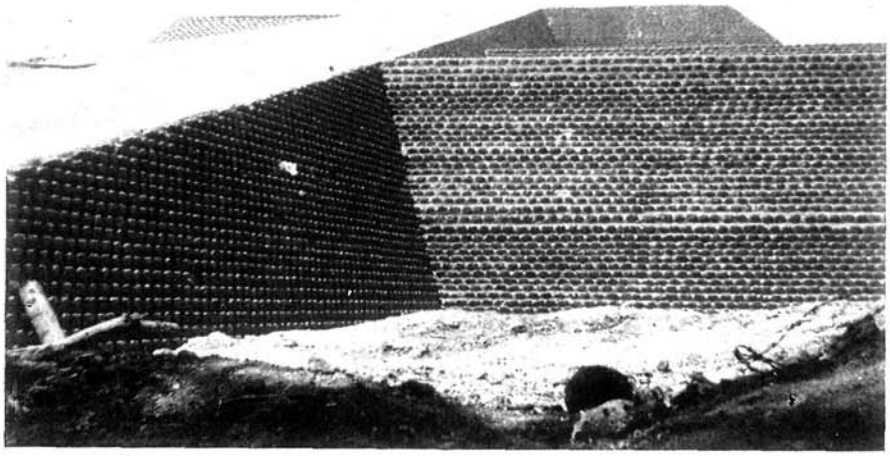
21. Huaca Maranga

22. Huaca Maranga

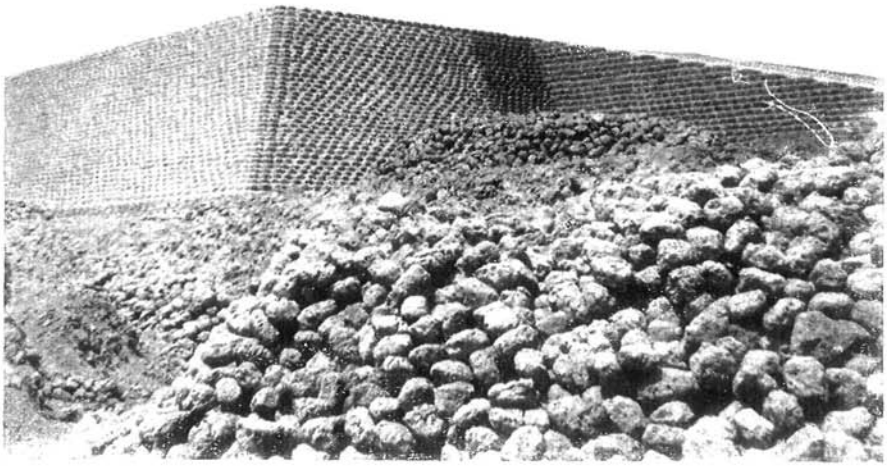


23. Huaca Huallamarca

24. Huaca Huallamarca



25. *Huaca Huallamarca*

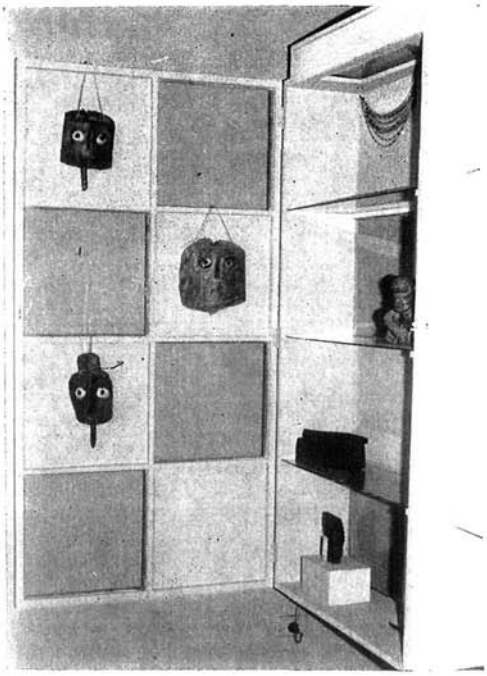


26. Huaca Huallamarca

27. Huaca Huallamarca

28 Huaca Huallamarca. (Museo de Sitio.)

29. Huaca Huallamarca. (Museo de Sitio.)



30. Huaca Huallamarca. (Museo de Sitio.)

31. Huaca Huallamarca. (Museo de Sitio.)

32. Huaca Huallamarca. (Museo de Sitio.)

caras» para su servicio, y su culto perdurará hasta bien avanzada la época hispánica.

También son huacas los adoratorios, templos, sedes de oráculos, momias y ofrendas destinadas a los dioses; en suma, todo ser o cosa al que se atribuye, de cualquier modo, una relación con la divinidad o un carácter sobrenatural. Esta podría ser una definición lo suficientemente amplia como para contener los muy variados ejemplos de huaca.

Las huacas limeñas y sus tipos

Precisamente, el presente trabajo se refiere a un solo y determinado tipo de huaca, las que pintoresca e inesperadamente irrumpen en el paisaje ciudadano de la capital del Perú; estas huacas asumen la apariencia de informes montículos artificiales, de tamaño bastante considerable (ocupan a veces varias manzanas) y en deplorable estado de conservación; a causa de este problema, en enero de 1963, la Comisión de Arqueología de la Junta Deliberante Metropolitana de Monumentos Históricos, Artísticos y Lugares Arqueológicos de Lima, presidida por don Luis Valcárcel, emitió un dictamen que señala la urgencia de llamar la atención sobre la Lima Precolombina, luchando por conservar y restaurar una serie de monumentos limeños.

La Comisión lamenta que:

> Por desgracia, en los últimos treinta años, la Lima Prehispánica sufrió los mayores destrozos, habiendo desaparecido no menos de cien unidades arquitectónicas de algún valor, como la huaca de Conde de las Torres o la Nº I de Santa Cruz, de las que no ha quedado vestigio alguno. Igual suerte están corriendo otros testimonios arquitectónicos de gran originalidad como los edificios de los baños incaicos de Chorrillos (Armatambo) y el gran conjunto de Maranga. Primero las fábricas de ladrillos y enseguida la expansión urbana fueron las primeras agresiones más violentas; siguieron después la extensión de los campos de cultivo y las invasiones de los moradores de las barriadas clandestinas que se aprovechaban de los adobes antiguos para construir sus viviendas.

Este dictamen aceleró la resolución oficial disponiendo la protección de todos los lugares señalados, y la asignación de algunos a prestigiosas entidades para su estudio y restauración.

En el estado actual de las huacas limeñas pueden distinguirse tres tipos:

I) Huacas en avanzado estado de destrucción, que han sido huaqueadas o nunca fueron trabajadas en forma científica.
II) Huacas en que se trabaja actualmente.
III) Huacas que han sido ya trabajadas a fondo y remodeladas.

I. *Primer tipo*

Al primer tipo pertenece, por ejemplo, la Huaca Qollana (popularmente Juliana), ubicada en pleno barrio residencial de Miraflores, y completamente rodeada de modernos edificios, según puede apreciarse en la figura 1.

Esta huaca es un impresionante montículo de unos 450 metros de largo por 120 en su parte central; posiblemente, en su forma original, el montículo presentaba una serie de terrazas que llegaban a una explanada superior; tal parece advertirse en la figura 2.

La figura 3 muestra una serie de perfiles rectangulares bastante simétricos, que responden a una construcción deliberada; también permite observar la precaria vivienda levantada por el cuidador de la huaca sobre la huaca misma.

Stumer considera a esta huaca como un antiguo centro ceremonial correspondiente al período primitivo; seguramente brindaría algún material, ya que chiquillos que la usan como ideal escenario para sus juegos afirman haber hallado cadáveres en la parte superior. Otro ejemplo lo constituye la Huaca la Florida (figura 4), ubicada en el barrio de Abajo el Puente, zona semiurbanizada de Lima; esta huaca fue un solo montículo, pero actualmente, por el avance de la urbanización, presenta un montículo mayor y dos más pequeños. Estos montículos resultan en extremo interesantes para el arqueólogo por su gran antigüedad, lo que permitiría obtener testimonios de importancia sobre los primitivos habitantes de la región; así, se han obtenido algunos restos chavinoides; es decir, pertenecientes a la cultura peruana más antigua, Chavín, que aparece en el norte del Perú, como cultura superior, hacia 900 a C.

Esta huaca presenta un detalle en extremo sugestivo: en uno de sus lados, y perfectamente acomodada en su gruta de piedra, una imagen de la Virgen María (figura 5); esto sería un moderno ejemplo de aquel sincretismo de los antiguos peruanos que tanto exasperaba a los «extirpadores de idolatrías» del siglo XVI; los misioneros plantaban cruces en todos los cerros y lugares elevados, los indios las saludaban con reverencia, pero lo cierto es que, por debajo de la cruz, solía estar enterrada alguna huaca famosa.

El padre Arriaga nos trae al respecto un gracioso testimonio:

> Otro error y más común que el pasado, es que pueden hazer a dos manos, y acudir a entrambas a dos cosas. Y así sé yo dónde de la misma tela que avían hecho un manto para la imagen de Nuestra Señora, hizieron también una camiseta para la Huaca, porque sienten y dizen que pueden adorar a sus Huacas y tener por Dios al Padre, y al Hijo, y al Spíritu Santo, y adorar a Iesu Christo, que pueden ofrecer lo que suelen a las Huacas, y hazelles sus fiestas, y venir a la Iglesia, y oyr misa, y confessar, y aún comulgar.
>
> (*Extirpación de la idolatría en el Perú*, cap. VII, p. 79.)

Lo que importa es señalar cómo, a través de los siglos y las culturas, el lugar dotado de sacralidad ha conservado su prestigio; las huacas son evidentemente preincaicas, pero sobrevivieron al dominio de los «hijos del Sol», y también a la predicación del Cristianismo; por eso resulta fascinante, y aun motivo de reflexión para un cristiano del siglo XX, la presencia de esta imagen engarzada en el antiquísimo adoratorio.

Pertenecen también a este primer tipo la Huaca Santa Cruz, situada en plena zona urbana del barrio residencial de San Isidro, y la Huaca Orbea, Huantilla o Echenique, tan destruida que sólo se conserva la parte central; además, en las cercanías se instaló una compañía ladrillera que usó materiales de la huaca, sin respetar algunas paredes pintadas que se hallaron; otro tanto hicieron algunos pobladores que se instalaron allí, de modo que es tal su estado de destrucción que sólo podrá ser salvada en mínima parte.

Por último, la Huaca Lechuza, que ocupa una manzana en el barrio de Miraflores, al pie de Morro Solar; pertenece al conjunto arqueológico de Armatambo, al que Stumer considera un «centro urbano de élite», característico de una sociedad ya muy evolucionada.

Pese a su estado de destrucción, se notan todavía restos de habitaciones y escaleras, al parecer pertenecientes a diversas estructuras superpuestas y sin plan preconcebido. En la figura 6, tomada desde la cima del Morro Solar, se aprecia el montículo artificial de esta huaca de perfil cónico, rodeada por la urbanización.

II. *Segundo tipo*

Abandonando ya la zona urbanizada, existen dos conjuntos arqueológicos en extremo interesantes, ambos compuestos de varios restos, tal cual puede apreciarse en el croquis que muestra la figura 7.

Uno de ellos es el de Mateo Salado, que fue probablemente un centro ceremonial, y presenta cinco huacas rodeadas por cuidadas chacras de japoneses. Su estado de conservación es relativamente bueno, aunque habitantes del lugar han levantado sus viviendas utilizando adobones de las huacas.

Una de las huacas, la mejor conservada, aparece realizada con un mayor cuidado; así, los adobones que la forman están fabricados con tierra seleccionada, cuidadosamente enlucidos y a veces pintados; presenta además dos particularidades: el muro de adobón mejor conservado de toda la zona urbana, con más de 450 metros de largo y hasta cinco de altura en algunos lugares; este muro corre paralelo a la huaca, y lamentablemente es usado como apoyo de una barriada clandestina.

El otro detalle importante es un panel en bajo relieve con una pintura que representa dos aves unidas por el pico.

El otro gran conjunto arqueológico es el de Maranga (fig. 7), compuesto por 56 estructuras, algunas de ellas importantes huacas como las de Concha, Aramburu, La Palma y Maranga; este conjunto está situado en áreas pertenecientes al Ministerio de Marina y las universidades de San Marcos y Católica.

En la Huaca Maranga (fig. 8), llamada también Tres Palos, Pando, y Huaca del Estanque, trabajan los alumnos del seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero, perteneciente a la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Bajo la muy experta dirección de la doctora Josefina Ramos de Cox, llevan cinco años de trabajo serio y metódico, con verdadero sentido arqueológico; la gentileza y espíritu de colaboración de la doctora Ramos de Cox, posibilitaron la visita a las excavaciones y el contacto con el material hallado en la huaca que reproducen las fotos.

La huaca aparece orientada de Noroeste a Sudoeste, y desde su cima se domina todo el valle del Rimac; arqueológicamente es importante porque pueden hallarse restos de variadas culturas, desde Chavin a la ocupación española, pasando por Tiahuanaco e Incas.

En general, presenta una serie de terrazas en diferentes planos y en forma escalonada (figs. 9 y 10); estas terrazas no son simples explanadas que suben hacia lo alto del montículo, sino que cada una tiene sus estructuras, cuartos, pasillos, de modo que la terraza en sí prácticamente no se nota; hacia el ángulo Sudoeste aparece el estanque (fig. 11), que origina una de las denominaciones de la huaca, y que es parte de un antiguo sistema de desagüe.

En una de estas grandes plataformas, y bajo una gruesa capa de barro colocada por los incas aparecen dos grupos de 48 pozos, o sea un total de 96, cada uno con un grueso tronco en el centro; éste era el sistema preincaico de control solar.

El dibujo de Enrique Dexter de la figura 12 muestra el conjunto de la plataforma o terraza, y la figura 13 el detalle de los pozos; en la figura 14 se ven, al fondo, otras huacas del conjunto Maranga.

Pertenecientes al horizonte preincaico, asociados a muros pintados de amarillo, se hallaron en esta misma plataforma los vasos antropomórficos que ilustra la figura 15.

Los incas, que sólo usaban ocho columnas para la determinación de los equinoccios y solsticios, cubrieron todo el lugar con materiales; en realidad remodelaron toda la huaca, levantando nuevas paredes, cegando los accesos, abriendo nuevas entradas y convirtiendo el lugar en un depósito de alimentos.

Así, convertida la huaca en «tambo», los incas construyeron los pasadizos de secado y depósitos de alimentos que muestran las figuras 16 y 17; se han hallado semillas de ají, lúcumo, guayaba, que eran aportadas por el pueblo con el trabajo de lo «topus», y se secaban y almacenaban en previsión de la escasez; los depósitos tienen dos metros de profundidad. Dado el sentido práctico de los incas y su organización militar, no sería difícil que aparezcan todavía restos de armas o vestidos usados por los ejércitos del Inca.

Por último, en el ángulo sudoeste se levanta una de las primeras casas españolas del siglo XVI (figs. 18 y 19).

Fue levantada con mano de obra indígena, según lo prueba la factura de los adobones; se distinguen en ella dos dormitorios, comedor y otra habitación con un fogón; también poseía un pequeño corral, con una vaca y gallinas; en el lugar aparecieron restos de telas de pana y seda, y un tazón de China (fig. 20), que parecen indicar que se trataba de una familia de posición acomodada.

También pertenecientes a la época española, aparecen zapatos tejidos de esparto (fig. 21) y un estribo tallado en madera dura (fig. 20), así como una rueda de carro, quizá la más antigua que se conserva en el Perú.

Como hallazgo curioso puede citarse los naipes hechos a mano con fino trabajo que aparecen en la figura 22; a la derecha se ve un hermoso naipe, con un jinete vestido como Francisco Pizarro; al otro lado aparece un caballero medieval.

Respecto a esta huaca, interesa consignar la opinión de Middenforf, que comparándola con otros templos de la costa, como Pachacamac,

Chincha, Huara, Trujillo, afirma:

> No tengo inconveniente en declarar a esta Huaca del Estanque como el templo del Rimac, el dios que comunicaba los oráculos y que fue venerado en este valle del Rimac y del cual ha derivado el nombre de la región. Garcilaso al hablar del sometimiento de esta región al dominio de los incas, refiere que los habitantes adoraban un ídolo de figura humana que decía el porvenir de los que lo consultaban, así como el oráculo de Delfos. Por eso se le había llamado el dios Rimac, es decir que habla, porque rimac es el participio pasivo del verbo rimay, que significa hablar. Este dios gozaba de mucho prestigio, hasta entre los incas, y habitaba un templo magnífico, aunque no era tan rico como aquel de Lurín, donde vivía el dios Pachacamac, y en comparación con éste el dios del Rimac habría sido de segundo orden.
>
> («La antigua ciudad de Huadca», en *Revista del Museo Nacional.* Lima, Perú, tomo XII, 1943.)

III. *Tercer tipo*

Perfecto y único ejemplo de huaca trabajada a fondo y remodelada es la llamada Huallamarca, situada también en el barrio residencial de San Isidro; esta huaca yergue su perfil de pirámide escalonada en medio de lujosas residencias y jardines floridos (fig. 23).

Los trabajos de reconstrucción se realizaron bajo la dirección del doctor Arturo Giménez Borja, director general de Museos de Sitio; actualmente su tamaño es de 110 × 72 metros.

Presenta tres extensas terrazas (fig. 24), a las que se asciende por una rampa (fig. 25); está formada por hiladas de adobes de 20 × 20 centímetros, amasados a mano (figs. 26 y 27), que dan al muro, en su conjunto, la apariencia de granos de maíz, lo que se aprecia claramente en las fotos.

En la parte superior de la huaca se hallaron numerosos fardos funerarios y abundantes ajuares; con este material, en su totalidad preincaico, se ha organizado un interesantísimo museo de Sitio.

Entre sus piezas más valiosas figura uno de los fardos funerarios más pesados hallados en el Perú; el bulto pesaba más de 800 kilogramos; la momia aparece cubierta con bellísimas telas y encerrada en una caja de cañas de bambú (figs. 28 y 29); a su vez esta caja de cañas estaba envuelta en varios metros de tela de algodón en rama, con su tono original, blanco y marrón; la figura 28 muestra, a la izquierda, el rollo de esta tela; por último, el conjunto estaba envuelto en otra

tela, tosca y blanca; todas estas telas han sido limpiadas en seco, con aspiradora, y su estado de conservación es magnífico.

Completan el ajuar tres cacharros tiahuanacoides, alimentos y dos bastones de mando (fig. 29), uno de los cuales presenta un curioso motivo: sobre el ídolo, de frente, aparece un mono de perfil.

Otra pieza interesante la constituye el cuerpo momificado de una mujer, probablemente sacerdotisa o pitonisa, con sus trenzas de 2,10 metros de largo, envuelta en telas blancas y esteras.

También pueden admirarse en este Museo de Sitio telas trabajadas en telar y bordadas a mano, objetos de cestería, mates pirograbados con motivos geométricos de tipo tiahuanacoide, vasos de plata, alhajas, piezas de cerámica e instrumentos musicales, tanto de barro como de hueso, y también campanitas de plata.

Hay numerosas máscaras (fig. 30), especialmente de madera, con las que se cubría el rostro de la momia, tal cual se ve en los fardos funerarios de hombre y de mujer de la figura 31; el fardo de la derecha lleva como adorno una especie de turbante, y colgadas dos «chuspas» de lana, como para remarcar su carácter femenino.

Entre las piezas más hermosas podría figurar el costurero de la figura 32, ejecutado en madera de guayacán con la técnica de tallado en vaciado; el trabajo admira por la belleza del dibujo y la perfección de la ejecución.

Hasta aquí el paseo a través de las huacas de Lima y sus alrededores.

Este pequeño trabajo puede servir al simple viajero como hilo conductor que le brinde algún conocimiento para enfrentarse con restos arqueológicos cuya existencia es tan poco conocida y divulgada, y para el estudioso, como introducción general al estudio de estos comentarios-adoratorios que son un fenómeno más en el fascinante mundo sacro de las culturas precolombinas.

Alicia N. Lahourcade
Quintana, 96
Chacomús (prov. de Buenos Aires)
Argentina

BIBLIOGRAFIA

MASON, ALDEN: *Las antiguas culturas del Perú.* Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1963.

COBO, BERNABÉ: *Historia del Nuevo Mundo.* Sevilla, 1890.

VALCÁRCEL, LUIS: *Historia de la cultura antigua del Perú.* Lima, 1943.

POLO DE ONDEGARDO, JUAN: *Informaciones acerca de la religión y gobierno de los incas.* Tomos III y IV de la Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú, Lima, 1916.

MOLINA, CRISTÓBAL DE: *Las crónicas de los Molina.* Colección Los Pequeños Grandes Libros de la Historia de América, serie I, tomo IV, Lima, 1943.

JIJÓN Y CAAMAÑO, JACINTO: *La religión del imperio de los incas.* Quito, 1919.

GARCILASO DE LA VEGA, INCA: *Comentarios reales de los incas.* Edición revisada por Angel Rosenblat, Emecé, Buenos Aires, 1943.

ARRIAGA, PABLO JOSEPH DE: *Extirpación de la idolatría en el Perú.* Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú, tomo I 2.ª serie, Lima, 1916.

Dictamen de la Comisión Arqueológica: Junta Deliberante Metropolitana de Monumentos Históricos, Artísticos y Lugares Arqueológicos de Lima. Lima, 1963.

ARGUEDAS, JOSÉ MARÍA: *Dioses y hombres de Huarochirí.* Narración quechua recogida por Francisco de Avila (1598?). Edición bilingüe, Lima, 1966.

CÁRDENAS, MERCEDES: *Idolos del antiguo Perú a través de algunos cronistas.* Boletín número 1 del seminario de Arqueología del Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1969.

MIDDENDORF, E. W.: *La antigua ciudad de Huadca.* Revista del Museo Nacional, tomo XII, Lima, 1943.

STUMER, LOUIS: *Antiguos centros de población en el valle del Rimac.* Revista del Museo Nacional, tomo XXIII, Lima, 1954.